

LA NARRATIVA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX HASTA 1939

NOTA: Para hacer una buena introducción de este tema es recomendable consultar el tema dedicado al contexto general del siglo xx, donde están desarrolladas más ampliamente las ideas que aquí resumimos.

Las obras literarias suelen reflejar el contexto sociohistórico en que se producen, y que en el caso de principios del XX está marcado por la crisis de fin de siglo y por el Desastre del 98. Siendo breves, recordemos que se produce una crisis de los valores del siglo XIX: el pensamiento racionalista del positivismo no es suficiente para explicar los problemas más profundos de la existencia humana; debido a la influencia de las corrientes vitalistas (Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche) crecen los sentimientos de angustia vital, de escepticismo y pesimismo. Por otro lado, los desequilibrios sociales y económicos generados por el desarrollo industrial y tecnológico se irán traduciendo en un progresivo enfrentamiento entre capitalismo y socialismo.

A ello hay que sumar en España la pérdida de sus últimas colonias, así como el atraso económico del país unido a un sistema político dominado por el caciquismo.

Ante tal panorama serán muchos los intelectuales que sientan necesaria una regeneración de nuestro país, una modernización en lo económico y en lo social: la literatura, y de un modo especial la narrativa, plasmará el descontento de la intelectualidad española del momento.

1. GENERACIÓN DEL 98 Y MODERNISMO

En los primeros años del siglo XX las obras más leídas son las de escritores realistas como Galdós, pero son muchos los jóvenes autores que se enfrentan a esa literatura: en consonancia con la crisis del positivismo y de la razón, también la estética realista sufre el descrédito. Esos jóvenes autores son denominados *peyorativamente modernistas*.

A partir de unos artículos publicados por *Azorín* (1913) comenzó a utilizarse el concepto de *Generación del 98* para referirse a unos escritores (Unamuno, Baroja o el propio *Azorín* entre ellos) que mostraban una actitud crítica ante la realidad, defendían la necesidad de reformas y adoptaban incluso un compromiso político y social; tienen en común su actitud rebelde ante los valores burgueses (frente a la sociedad capitalista, socialismo de Unamuno y Maeztu, el anarquismo de *Azorín* y Baroja, el carlismo de Valle-Inclán; la revolución social con la subversión moral, de ahí las conductas antisociales y amorales). Frente a estos autores se reservó el término *modernistas* para aquellos otros que se refugiaban en el esteticismo como medio de rechazo a la realidad circundante.

En todos los autores se observa una voluntad de renovación tanto en los temas como en las formas narrativas. Destaca, como rasgo común, el subjetivismo: frente al deseo de reflejar la realidad de forma objetiva propia de los realistas, ahora se privilegia la visión personal y subjetiva de las cosas; las fronteras entre los géneros se vuelven más difusas y en las novelas a veces predomina (frente a lo puramente narrativo) lo descriptivo, lo lírico o lo reflexivo (en este último caso acercándose así al ensayo).

Cambiará en definitiva la forma de contar las historias. Y la ruptura del relato tradicional se logra mediante procedimientos estructurales y estilísticos más o menos innovadores como: **1)** la multiplicación de puntos de vista (perspectivismo), **2)** las digresiones intelectualistas y **3)** el preciosismo lingüístico, que viene a revelar al narrador en detrimento del mundo narrado (simbolismo).

En **1902** aparecen cuatro libros que presentan una nueva concepción de la obra narrativa y, por tanto, se consideran el punto de partida de la narrativa del XX: *La voluntad*, de Azorín; *Camino de perfección*, de Pío Baroja; *Sonata de otoño*, de Valle-Inclán; *Amor y pedagogía*, de Unamuno. En ellas pueden observarse estas características esenciales de la nueva novela:

- Subjetivismo e introspección: la obra pretende ser reflejo de su autor, no de la realidad externa.
- Preocupación estética en cuanto al estilo, estructura narrativa y técnicas narrativas.
- Renovación del lenguaje: expresión más directa y mayor sobriedad y elegancia en la utilización de recursos; técnica impresionista en las descripciones; elementos sensoriales para transmitir la emoción, el sentimiento de la naturaleza.

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936) fue el maestro de su generación. Natural de Bilbao, fue rector de la Universidad de Salamanca. Definido a sí mismo como un “hombre de contradicción y de pelea”, vivió, en efecto, en una perpetua lucha, sin encontrar nunca la paz. Por su oposición a la Dictadura de Primo de Rivera fue desterrado a Fuerteventura un año. Fue diputado durante la República. Aunque en un principio apoyó el levantamiento militar del 36, se enfrentó a los excesos y a la brutalidad de las fuerzas franquistas, por lo que fue confinado en su domicilio, donde murió el 31 de diciembre de 1936.

Toda su obra posee un sentido coherente y unitario, basado en su preocupación por España y por el sentido de la vida. Cultivó todos los géneros literarios. La obra que refleja mejor sus preocupaciones estilísticas y existenciales es *Niebla* (1913; en ella el propio autor se convierte en un personaje de ficción con quien se enfrenta el protagonista de la novela) y su novela más destacada es *San Manuel Bueno, mártir* (1933; se narran los conflictos religiosos de un cura de pueblo).

En sus novelas son escasas las descripciones (simbólicas en todo caso) y el espacio y el tiempo externos suelen ser imprecisos, pues lo que interesa es el mundo íntimo, la conciencia de los personajes (reflejados mediante el diálogo y el monólogo). Unamuno fue uno de los más grandes renovadores de la narrativa del XX y su pensamiento, diseminado por toda su obra, se considera como precedente de la filosofía existencialista europea.

PÍO BAROJA (1875-1956), nacido en San Sebastián, fue el personaje más independiente y el mejor narrador de su generación. El tono agrio y pesimista es una constante en su carácter y en sus obras. Su actitud es de rebeldía y de protesta contra la sociedad del momento, a la que critica por su hipocresía, su falsa moral, sus injusticias y su aburguesamiento regresivo. Su pensamiento está influido por Schopenhauer y Nietzsche y es de un escepticismo y un pesimismo radical: el mundo carece de sentido, la vida es absurda y no tiene ninguna confianza en el hombre. Admira al *hombre de acción* y sus personajes suelen ser rebeldes e inconformistas.

Formalmente, frente al estilo brillante del Modernismo Baroja defiende la espontaneidad del escritor, de ahí su estilo antirretórico, de una prosa ágil de frases breves, párrafos cortos y léxico común; en sus novelas la acción es ininterrumpida, son rápidos los cambios de espacio, así como numerosos los personajes y los pasajes dialogados; el relato puede presentar un cierto carácter fragmentario cuyo hilo conductor es el personaje central.

Sus novelas pasan de sesenta, treinta y cuatro de ellas agrupadas en trilogías. Destacan **La lucha por la vida** (integrada por *La busca*, *La mala hierba* y *Aurora roja*) ambientada en los bajos fondos madrileños; **La tierra vasca**, formada por *La casa de Aizgorri*, *El mayorazgo de Labraz* y *Zalacaín el aventurero*, que transcurren en el País Vasco; y **La raza**, constituida por *La dama errante*, *La ciudad de la niebla* y *El árbol de la ciencia* (1911), esta última la más representativa de

su generación; en ella adelanta, como Unamuno, parte de los temas de las corrientes existenciales posteriores. Baroja manifiesta su interés por la historia española del siglo XIX en la serie de veintidós novelas *Memorias de un hombre de acción* (1913-1935).

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ, AZORÍN (1873-1967) es, ante todo, un ensayista magistral. En él son patentes los dos rasgos de la nueva novela: el subjetivismo (predominio de lo reflexivo, tendencia al intelectualismo) y la voluntad artística. Su aportación es la novela-ensayo *La voluntad* (1902), en la que el argumento pasa a segundo plano y el lenguaje ocupa el primero; su estilo es claro y preciso, la frase breve y la palabra justa.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN (1866-1936), además de su faceta como dramaturgo, destaca como narrador por sus *Sonatas (de Otoño, Estío, Primavera e Invierno, 1902-5*; en ellas se narran las aventuras amorosas del Marqués de Bradomín, *un donjuán feo, católico y sentimental*, en distintas épocas de su vida y en distintos lugares), en las que nos presenta de forma nostálgica y distanciada un pasado decadente; en ellas presenta un estilo cuidadísimo, refinado, lleno de valores sensoriales, un lenguaje de gran belleza formal que es considerado como una de las mejores muestras del modernismo. En su última época (*Tirano Banderas, 1926*, y las de la serie incompleta de *El ruedo ibérico, 1927-32*) sigue la línea deformadora de los esperpentos.

2. GENERACIÓN DEL 14 Y LA NARRATIVA EN LOS AÑOS 20 Y 30 (Novecentismo y Vanguardias)

Con el nombre de **Novecentismo** se conoce el movimiento cultural de la segunda década española del siglo XX, el cual se opone a todo cuanto es considerado decimonónico. En efecto, la línea renovadora iniciada por los escritores de los primeros años del xx la prolongarán los **escritores del 14**, muy especialmente **Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna y Gabriel Miró**, que buscan un punto de equilibrio entre el realismo y el experimentalismo aislador. La característica común a todos ellos es la superación de los patrones narrativos y estilísticos del Realismo a través, según los casos, del lirismo, la ironía y el humor, el intelectualismo o la deshumanización. La importancia que conceden al valor estético de la literatura se refleja en una gran preocupación por la forma.

Finalmente, el clima cultural en el que surge la joven novelística del 27 se caracteriza, pues, por una actitud antirrealista y por un decidido afán experimental (por influencia de las Vanguardias). Esta nueva narrativa se congregó en la serie *Nova Novorum* de la **Revista de Occidente**. Allí se fragua un tipo de relato que ensaya la incorporación a la narración de: **1)** el estilo metafórico propio de la poesía, **2)** el fragmentarismo en boga en las artes plásticas, y **3)** la visión dinámica aprendida en el cine. Se trata, por tanto, de una novela en la que la narración se libera de la dependencia de la historia, que rompe con la disposición lineal del tiempo, y que abre un amplio espacio para el distanciamiento irónico o humorístico.

Toda la narrativa del 27 se puede ordenar en dos grandes vertientes: la novela lírico-intelectual (Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Mauricio Bacarisse, Francisco Ayala, Pedro Salinas) y la novela humorística (Jardiel Poncela, Edgar Neville).

Pese a la repercusión de las Vanguardias, entre finales de la década de los 20 y 1935 surge una generación de narradores que, opuesta al arte deshumanizado (influencia del pensador Ortega y Gasset), cultiva una novela realista y de finalidad social. Esta nueva generación se propone una manifiesta rehabilitación de lo humano, del valor testimonial y de la trascendencia moral y política de la literatura. Figura clave en esta evolución de la novela es José Díaz Fernández. Junto a él, son considerados precursores de la narrativa comprometida Ramón J. Sender y César Arconada, entre otros.